

ENCUESTA

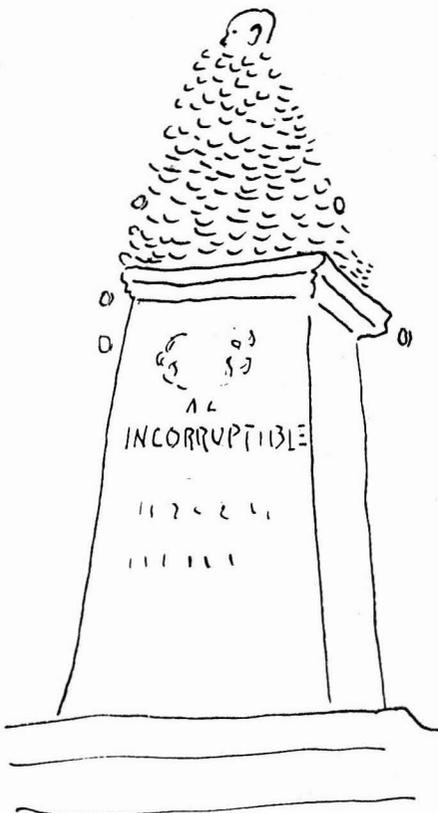
DESTACAMOS de un artículo recientemente publicado por la Saturday Review, los datos que siguen: "El periódico Capital Times, de Madison, Estado de Wisconsin, emprendió una singular encuesta. Se trata de hacer a diversos hombres y mujeres encontrados casualmente en la calle esta pregunta: ¿Qué es un comunista? Fueron interrogadas, en total, 197 personas. 123 respondieron con la mayor franqueza que ignoraban qué cosa es ser comunista. Y la opinión del resto ofreció fundamentales discrepancias. Un hacendado contestó, sin más: 'no son buenos'. Una mecanógrafa: 'todo aquel que no profesa ninguna religión es probablemente un comunista'. Un ama de casa: 'no sé en realidad lo que son; pero deberían arrojarlos del gobierno'. Un estudiante de secundaria: 'un comunista es alguien que desea la guerra'. Un burócrata: 'cualquiera que defienda cosas que la democracia no defiende'."

COROLARIO

PODRIAMOS, claro, glosar lo anterior en términos políticos. Es decir, podríamos decantar y aprovechar posibles moralejas eventuales. Pero no. Ni es ese el objeto de esta sección, ni queremos restringir la importancia de semejantes síntomas. El problema trasciende los límites de una propaganda que nosotros, por otra parte, jamás pretenderíamos.

UN MUNDO

LO cierto es que vivimos en un mundo de frases hechas. Que son escasos, en nuestros días, los hombres (de cualquier credo social) que conocen el significado preciso de las palabras que emplean. Se habla por ha-



LA FERIA

ser, moneda viva, capaz de comprar, para los pueblos que la han acuñado, imponderables mercancías. No sospechan que las palabras son como diminutas cargas de dinamita, susceptibles de destruir y destruirse, si no se las guía según es debido.



EL CAOS

UNOS a otros nos llamamos, cotidiana y mecánicamente: fascistas, comunistas, burgueses, pequeño-burgueses, reaccionarios, rojillos, blanquillos. Aceptamos que un adocenado jabón para baño, y un pálido dentífrico sean "maravillosos". Y nos resignamos a que toda claridad sea meridiana; todo momento, crucial; todo interés, sagrado; toda actitud, patriótica; toda protesta, respetuosa, pero enérgica; todo escrito, atento; todo sufragio, efectivo, y todo servidor, seguro y afectísimo.

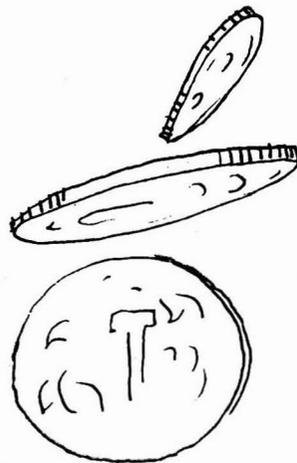
CANCELACION

EN suma, las palabras han perdido su contenido peculiar. Ya no definen: a lo más, califican ciegamente. Se han convertido en oropelescos comodines a disposición de cualquiera —periodista, locutor de radio, copywriter, poeta, filósofo— que las recuerde, aunque no las comprenda. Y, como es natural, también su poder persuasivo se ha demeritado. Si nos dejamos convencer por ellas —por esas interminables frases prefabricadas—, es porque de antemano estábamos convencidos; porque asociamos a su vago sonido familiar posiciones que, emocionalmente, nos seducen; o porque somos muy fáciles de convencer.

LA REBELION DE LAS PALABRAS

EL tema parece divertido. En rigor, es más grave de lo que suponemos. Estamos a merced de unos motores desbocados, cuyo mecanismo hemos llegado a ignorar. Y si ello continúa así, pronto nos veremos súbditos —esclavos— de nuestros propios engendros. Víctimas amargas de una pereza criminal que no supimos evitar a tiempo.

DE LOS DIAS



blar. Sin pensar. Sin previo examen. Se repiten voces, y hasta largas oraciones enteras, aprendidas de los diarios, del radio, de los discursos electorales, de los merolicos. Todo se vuelve cliché, memoria, abdicación de la inteligencia.

PECADO COMUN

NADIE —o casi nadie— se halla exento de tal pecado. Hombres de letras, gobernantes y simples ciudadanos, comparten por igual una estrepitosa confusión de palabras e ideas. Creen, acaso, que el lenguaje es un instrumento inevitable, pero neutro. No se dan cuenta de que cada pensamiento expresado, cada palabra, es, o ha de

